

### Pequeña confusión

Rita no tenía lo que se dice *una belleza convencional*, esa de propaganda de cremas faciales. Incluso había cierto consenso barrial en que ni siquiera tenía algún tipo de belleza. Tampoco se podía decir que era fea, sencillamente era indefinida como su peinado, que era sólo pelo y allí estaba, aunque para nada desprolijo gracias que jamás faltaba algún invisible en la cabeza que le daba ese toque de hospicio de salud mental. Era una mujer de mediana edad, flaca, de esa delgadez que ahorra en curvas (con excepción de las costillas que parecían querer sobresalir de pura envidia contra los pómulos) pero sin llegar a ser raquítica, por lo que cualquier prenda caía en perfecta línea recta y sin altercados. Su personalidad, en exacto comosé con su estética, no daba muestras de intensidades de algún tipo.

Tendría unos cuarenta años, todos vividos en la casa familiar. Hija única de una pareja cuya ocupación exclusiva eran los asuntos de la iglesia del pueblo. Era única heredera de la casa y del puesto ad honorem de servidora vocacional principal de la capilla, titulación que gastaba de tanto nombrar en cada conversación que surgía. La ropa le agregaba alguna década a su edad, un monótono e invariable mix de remeras con polleras de corderoy por debajo de las rodillas, acompañadas con zapatos y medias de media caña, jamás en combinación. En los días de frío, le sumaba alguna prenda de lana con cuello de tortuga y calzas del color que conseguía en el box de ropa donada.

Muerta su madre, dedicaba las tardes a conversar con Sauco y Emilio, dos enanos que solían visitarla y acompañarla a tomar la merienda. Eran pelados y de no más de cincuenta centímetros de alto y ojos cristalinos. Guardaban una perfecta proporción entre sus partes, como adultos en miniatura. Lo que más le gustaba a Rita es que eran totalmente lampiños, lo sabía porque andaban siempre desnudos, lo cual más de una vez hizo que la venciera la curiosidad por tocarlos. Resultaron ser suaves, de una textura sedosa. Tenían una sutil sonrisa perenne reforzada por una expresión en la frente que daba la sensación de que estaban siempre maravillados. Asustaba la simetría que los espejaba, sólo diferenciables por un leve tono de voz que, según creía haber descifrado, era en do bemol cuando cerraban las frases.

Conversaban durante horas de un temario variopinto que incluía asuntos siempre superficiales mientras Sauco y Emilio degustaban pequeños bocados de frutas

previamente masticadas por ella para facilitarles la deglución dentro de sus delgadas tráqueas. Sauco era el más delicado de los dos, y para no ensuciarse las manos prefería comer de las de Rita. El primer bocado lo daba con sus diminutos y perfectamente alineados dientes, pero luego, al mezclarse la fruta con su baba, en el cuenco formado en la palma de la mano de Rita se formaba una suerte de papilla que debía engullirla con pequeños sorbos y lamidas. Ella escondía el disfrute que le generaban los lengüetazos para evitar la ira de Emilio quien no filtraba la molestia que le generaba esa preferencia. Más de una vez expresaba sus celos con miradas amenazantes, repentinos golpes en la mano de la nodriza que hacían volar las papillas por el aire o mordándole la pelada a su hermano. Es que los privilegios de Sauco eran evidentes. A veces Emilio recibía la fruta con restos de cáscara, lo cual odiaba porque se le atascaban entre sus dientecitos o lo hacían toser hasta el desmayo. Mientras que para el entremés de su enano preferido, Rita le ponía una dedicación totalmente sexualizada. A sus bocados los retenía más tiempo en la boca para que la porción fuera más aguada y forzar a su enamorado a lamer su mano como una mascota.

Con excusas inchequeables buscaba depositar lo más cerca posible de su propia cadera el platillo de Sauco intentando erotizar una escena que implicaba dejar fuera de plano a Emilio, lo cual desataba bataholas épicas de mordidas, arañazos y salpicaduras de orina que los enanos despedían por la adrenalina de la pelea. Ver los dos cuerpos diminutos trenzarse desnudos era una suerte de entremés para Rita, pero no alcanzaba para aplacar la impotencia de ver postergadas sus fantasías eróticas con Sauco. Tenerlo a centímetros pero no poder tomarlo le daba taquicardia y repulsa asesina contra Emilio. Por lo que, resuelta a disminuir el número de comensales vespertinos, buscó de la cocina un cuchillo con una hoja casi del largo del torso de Emilio y de un espesor que prometía redecorar algunas baldosas. Para la luctuosa merienda usó un habitual gajo de mandarina como carnada, y cuando Emilio posó sus ojos en el bocadillo atravesó su cráneo con un movimiento seco, seguro y furibundo, cortando el aire y la mollera de su víctima con una clásica puñalada descendiente y en punta.

El menú de siete pasos de sicotrópicos que le daban a Rita en la residencia psiquiátrica le había anestesiado algunos puntos perceptivos vitales como el del sentido común y el de ubicación en tiempo y espacio. Por eso al principio no notó que

lo que acababa de apuñar no era la cabeza de un enano, sino su propia rodilla. Los gritos de la enfermera la arrancó de su fantasía, pudiendo sus ojos por un instante traducir a perfecto español la escena carente de sutilezas. Con mínimos arreglos de entonaciones, las convulsiones de Rita producidas por el shock y el dolor, al ritmo de los alaridos de las enfermeras y las dos señoras seniles que la acompañaban en el desayunador, podría haberse logrado una decente coreografía de break dance.

*El tano árabe*